

ker. La reaccion hubiera querido tener á la vez la mano de Midas, que convertia en oro cuanto tocaba, para tener recursos; y la vara de aquella maga que lo petrificaba todo para nulificar los recursos y las fuerzas de sus adversarios. Pero aquel régimen de soldados no podia continuar. Aquel sistema de las prisiones preventivas, aquellas instituciones de cuartel, queriendo convertirse en instituciones de nacion, no podian durar por mucho tiempo. Hasta los partidarios más ardientes de lo que se dió en llamar *orden*, se asustaron de aquella impopularidad de su causa, y de aquella conducta de sus campeones. Comprendian que aquella causa no era mirada, sino donde se miraban las sardinetas de los soldados que la defendian, y que no tenia más alcance ni más fuerza que las balas que por ella se disparaban. De suerte que ellos mismos llegaron á convenir en que era imposible el establecimiento de un gobierno cuya existencia no se sabia sino por una expedicion militar; cuya voz era la voz de los cañones, cuyas promesas eran sus proyectiles y sus balas.

Y aquel convencimiento se aseguró cuando se contempló la actitud del país despues de los primeros triunfos reaccionarios. Se vieron fuerzas de todos los Estados converger en su marcha hácia la capital, como atraídas por la misma fuerza y caminando con el mismo fin. Se improvisaron recursos, se improvisaron elementos, y la guerra no se hacia ya en orden y en batalla, sino en dispersion y en desorden. No se trataba mas que de hacer fuego; y habia constantemente guerrillas y secciones volantes en cada desfiladero, en cada paso difícil, en cada reducto. Aquella era una guerra de todos modos: de dia y de noche, á retaguardia y vanguardia, por uno y otro lado. Los ejércitos de la reaccion avanzaban, y si no eran tiroteados de frente, habia guerrillas que les esperarían en mejor punto para caer sobre sus retaguardias, generalmente débiles, para quitarles los trenes y equipos, y batir sus escultas. Aquel era, podemos decirlo así, un resorte inmenso que se ensanchaba y se contraía al derredor de México, y que si cedía por alguna parte, obraba por otra con una fuerza múltiple. Por eso muchas veces el correo mismo que traía la noticia de una victoria era alcanzado por otro que traía la de una derrota; y el mismo tambor que tocaba diana, tenia poco despues que tocar generala. La reaccion se encontraba, pues, como enjaulada en México y en otros puntos; y las metrallas de la reac-

cion, y los recursos de esos puntos, no bastaban para una situacion prolongada, además, cada metrallazo dispersaba, es cierto, á los partidarios de la Constitucion; pero aquel pólen, arrojado por todos lados y de todas maneras, centuplicaba prodigiosamente los recursos y las fuerzas de la revolucion; así es que de cada campaña se deducian cien campañas; de cada batalla, la necesidad de otras ciento.

La reaccion hizo cuanto pudo para defenderse. Arrojó primero balas, despues despilfarros, despues crímenes. Sacó recursos de la clase propietaria, soldados de la trabajadora; pero de ninguna parte podia sacar esperanzas. A la vista de la capital, que temblaba de susto, hizo fusilar á los prisioneros de Tacubaya: fundió para convertir en dinero de sangre, los paramentos eclesiásticos, que recibió del clero, y consumó por fin el robo de la calle de Capuchinas. En los últimos dias de la reaccion, despues de sus derrotas de Silao y del puente de Calderon, todo era vacilacion y duda: fué una especie de interregno consagrado al temor; y la capital no tenia durante él, sino una alarma que crecia con sus preparativos de defensa y con la extension de su línea de fortificaciones. Temia ser atacada dentro de pocos dias, y tener que añadir á los estragos de la dominacion reaccionaria los de un sitio y un bombardeo del ejército constitucional.

La reaccion no quiso ser vencida en la capital, sino en el campo, y sus fuerzas fueron totalmente derrotadas en la batalla de Calpulalpam. El ejército de la revolucion ocupó triunfante la capital; y aquel ejército, compuesto de tropas de todos los Estados, entrando en México entre sus aplausos y sus vítores, simbolizaba perfectamente la union sincera y franca entre los Estados y el centro de la Union. Aquellas dianas, aquellas músicas con que México saludaba á las tropas de la libertad, eran como las interjecciones de gozo por aquella union, interrumpida hacia tres años. Aquel era el verdadero triunfo de la federacion: los Estados, no sobreponiéndose al centro y dominándolo, sino uniéndose á él y libertándolo. Y aquellos ramilletes de flores arrojados desde los balcones al paso del ejército, y que caían sobre sus armas y sobre sus banderas, eran las ovaciones á la revolucion y al país, porque aquel ejército representaba en su union la union de la República, y era á la vez tan fuerte y tan poderoso como la revolucion misma.

VI.

La revolucion habia llegado á México; el poder de la reaccion estaba nulificado y sus tropas estaban dispersas; pero habia dejado minada la capital, y dejaba en ella para estorbar el paso de la revolucion, todos los intereses particulares que habia creado con su poder, todas las aspiraciones á que habia dado márgen con su política, y todos los desórdenes, y todos los despilfarros que habia autorizado con su fuerza. Aquel monto de dificultades opuestas al paso de la revolucion práctica, debia de haber sido salvado por ella: ella debió dejar atrás todas las preocupaciones y todas las ideas que se le oponian. Pero la revolucion quiso detenerse en aquel punto para examinar lo que habia de razonable en todos esos intereses, y aquella detencion le fué fatal. Más tarde habría sido justa; entónces era, por lo ménos, inconveniente. Brotaron por todas partes créditos, compromisos, reclamaciones; y de aquel monton de dificultades, obtenido por la revolucion como un gaje de paz, salieron como del interior del caballo de Troya, sus enemigos más temibles, más temibles aún que los que con las armas la hostilizaban en los caminos reales y en las serranías. Para éstos bastaba una expedicion militar que costaba poco; para aquellos no bastaba nada, porque querian intereses inmensos; querian más, el desprestigio de la revolucion. Aquella situacion era apuradísima, y la revolucion habia venido á encontrar una corona de espinas donde buscaba una corona de laurel.

Todos aquellos créditos, inadmisibles porque tenian el uniforme reaccionario; todos aquellos contratos, reprobados en justicia, porque eran ruinosos; todas aquellas aspiraciones que no se podian obsequiar porque eran excesivas, formaron una masa inmensa obrando sobre la revolucion; pero obrando como una masa de hierro sobre una aguja magnetizada, para alterar su naturaleza y perder su virtud. La revolucion traía en la mano sus leyes de Julio ó de reforma, y en ellas podian verse, como en un mapa, todas sus exigencias y todas sus conquistas. Con ellas iba á continuar hasta la administracion y hasta la economía, y todos podian ver en aquel croquis del porvenir, instituciones seguras, orden establecido, administracion bien arreglada. Pero aquella turba de intereses gritaba muy alto, y queria que así como al avenimiento de los reyes hay una jura de monedas que llevan su efigie, hu-

biera, al avenimiento de la revolucion, una jura de sus intereses con la efigie de la revolucion.

Una voz se mezcló entre todas, y gritó más alto que todas ellas; fué la del conde de Saligny. Gritaba desde la legacion de Francia, y con la voz de Francia, en defensa de intereses que á la verdad no le pertenecian. Desde ántes de presentar sus credenciales como ministro frances al gobierno constitucional, el conde de Saligny exigió el pago de ciertos créditos, se pactó con él una revision; pero que no podria verificarse sin la ratificacion del Congreso, condicion constitucional indispensable en México. Mas tarde el conde de Saligny insistió; pero nada podia hacerse sin la ratificacion del Congreso por una parte, y la revision concienzuda de los créditos por otra. De suerte que los bonos de Jecker, puestos bajo el pabellon de Francia, no perdian su carácter: eran allí como en todas partes, el fraude al seis por ciento, y la bandera francesa no podia ser una llave falsa para abrir las cajas de la tesorería nacional.

Nadie comprendió al principio esa proteccion de la legacion francesa á D. Juan B. Jecker y á sus intereses; el fraude no tiene patria; y si es preciso consignar en los tratados la extradicion de los criminales, la extradicion del crimen ha existido siempre en los corazones. Además, los datos oficiales de aquella cuestion no dejan duda de su carácter; era una cuestion mercantil no diplomática; habia intervenido en ella el interés de los individuos y no debia intervenir ahora la ley de las naciones. Indigno hubiera sido de la Francia convertirse entónces en el agente de negocios reaccionarios.

Los colores del pabellon frances, aunque sean los colores del triunfo, no pueden deslumbrar la justicia; y no era posible ceder por eso á exigencias injustas, aunque exigencias fueran las de la fuerza de Francia. La revolucion no podia consentir en aquel descrédito sobre cubierta, ni podia aceptar aquella derrota en su interior, que tarde ó temprano habia de ser empleada sobre el país. Aquella era, si podemos decirlo así, una transaccion á oscuras, una transaccion negra, y lo que es negro lo es en la oscuridad y á la luz llena. Aquel puñado de tierra arrojado en la linfa de la revolucion, la hubiera enturbado por todas partes y no se hubiera purificado de ella; ni toda la fuerza, ni toda la sangre de la revolucion lo hubiera conseguido. Hubiera llevado por todas par-

tes aquella mancha que era el carácter de las manchas cutáneas, que indican generalmente una organizacion enfermiza ó un padecimiento mortal.

Y aunque aquella transaccion hubiera sido oculta, aunque los millones de pesos cuyo valor se disputaba, hubieran podido sustraerse furtivamente de las arcas de la nacion; aunque se prescindiera de la moralidad de semejante conducta, siempre ese acto, en sí y por sus consecuencias, hubiera sido reprobable, y la revolucion, entónces fuera de su centro, porque su centro es la justicia, se encontraría en un equilibrio inestable, y se convertiría en un motin ó en una revolucion de intereses la que habia sido una revolucion de ideas. Aquella transaccion venenosa hubiera sido el crimen mortal de la revolucion; la posteridad, con sus cien ojos y sus cien manos, lo hubiera descubierto todo, porque pediría cuenta de cada uña y de cada cabello; y la época actual hubiera sido atormentada por la venidera, porque la posteridad tiene tambien su tormento para los criminales. La revolucion no podia olvidar aquellas promesas hechas ante el porvenir y ante la historia, ni podia brindar con la Francia bebiendo las aguas de Leteo, cuando habia brindado con el porvenir bebiendo sangre.

VII.

Otras causas vinieron tambien á comprometer aquella situacion. Desde que se entablaron al frente de la ciudad de Veracruz las conferencias entre el poder constitucional y el reaccionario, los representantes de Francia y de la Gran Bretaña en México, manifestaron las decisiones de sus gobiernos en favor de la paz; y se dirigieron oficialmente á ambos poderes, invitándoles á realizarlo. Y se anunció desde entónces, que si aquella mediacion pacífica no producía el resultado de una paz próxima y segura, habria de parte de las naciones mediadoras una intencion más directa, porque sería más exigente, y se haría con toda la fuerza militar y con todo el prestigio de aquellas naciones. Pero desde entónces se partía de un error: se dijo que las partes beligerantes gozaban de igual influencia política y tenían á su disposicion iguales elementos; por consiguiente —se deducía— no es dable ningun resultado decisivo: cualquier ventaja, sea del partido que fuere, será momentánea; y el partido triunfante quedará, despues de ella, tan débil, que podrá ser atacado y será vencido por su antagonista poco tiem-

po despues. Sin embargo; á pesar de esa igualdad atómica de que tanto se hablaba, los proyectos de arreglo que se presentaron, fueron siempre más bien liberales que reaccionarios; y la libertad política y religiosa debió ser, segun el consejo de lord Russell, el primer artículo de aquella capitulacion nunca vista. Hubó otros proyectos. Llegó á proponerse la reunion de una asamblea de notables, compuesta de hombres extraños á los movimientos políticos efectuados desde 1852, para que decidiera de aquella cuestion candente: eso era pedir vida á un cuerpo paralizado para otro que iba á paralizarse.

Todos los proyectos se desecharon. La guerra fué considerada desde entónces como un mal orgánico hasta cierto punto; y los que miraban que esa guerra era como el centro de gravedad de la cuestion política, no tuvieron al alcance de su talento más fuerza que la intervencion, ni más recurso que un movimiento más fuerte que el que se efectuaba. Pero siempre era repugnante é incomprensible aquella homeopatía que presentaba como único remedio de la guerra civil la guerra extranjera, y como un lenitivo de la fuerza la fuerza misma. Y dado el caso de que existiera aquella igualdad imaginaria, tenia que ser de un momento; porque la fuerza del porvenir crece por cientos, cada minuto, y en igual proporcion disminuye la del pasado. Así es que la fuerza extranjera, uniéndose á la del pasado y á la del porvenir, rompía de todos modos la armonía entre ambos y daría origen á un movimiento caprichoso, cuyos detalles no podrían preverse, y que llevaría la nacionalidad y la revolucion mexicanas nadie sabe á qué término.

Pero algunos no pensaron de esa manera. Creyeron que la intervencion extranjera, ya fuera sólo española como se aseguró al principio, ya mixta como despues se aseguró, sería suficiente para plantear en México un gobierno de tales ó cuales principios, y para sostenerlo sobre todo, y á pesar de todo. Se creía que aquel gobierno, cualesquiera que fuesen sus hombres y sus obras, tendría en el prestigio de los gobiernos europeos una especie de pus vacuno que lo libraria de esa enfermedad contagiosa que habia hecho morir á todos los gobiernos anteriores. Los que pensaban así, no se detenían en las dificultades prácticas: no nos hablaban del carácter de los hombres de aquel gobierno de ilusion; no nos decían si esos debían salir de un partido ó de otro, ó de lo que

puede llamarse con propiedad la línea neutra de nuestro movimiento político; no calculaban los elementos de poder, materiales y políticos: no sabían si aquel gobierno habia de ser de transicion ó impedecederó; nada: aquel gobierno era en todo misterioso y singular: la intervencion extranjera daría, como Minerva, un golpe en el suelo con el tridente de sus armas, y brotaría de allí un ramo de olivo, en cada una de cuyas hojas vendría escrito el plan político de aquel gobierno y los nombres de los que deberían formarlo. Se dijo que en los obradores políticos de la Europa se fabricaban una paz y unas instituciones para México, y creció aquella manía de traerlo todo del extranjero, hasta las instituciones y los gobiernos.

Entónces se habló de vejaciones sufridas por los súbditos extranjeros. Se dijo que la revolucion no atacaba las ideas viejas, sino los intereses cuantiosos, y se pintó á nuestros ejércitos como pesos de gran fuerza obrando sobre el comercio, sobre las fábricas, sobre la agricultura, para acabar de una vez con todas las riquezas, fueran particulares, fueran públicas. Se pidió entónces nueva proteccion al extranjero, y como si hubiera derecho contra el rayo y contra la tempestad, y como si el movimiento político no se comunicara por puntos como el movimiento mecánico, se pretendió sujetar á un juicio á aquella revolucion grande é inmensa. Ese hubiera sido el juicio de un temblor de tierra, de una erupcion volcánica; y el único juicio de esos fenómenos, aun despues de esos desastres, es la admiracion. Además, la revolucion es precisamente la que debe juzgar á los hombres, y no los hombres á la revolucion: la revolucion tiene el fuero de su grandeza; y su único juez legítimo es la posteridad. La revolucion no podia deponer su espada de fuego, ni bajar sus ojos, cuyos rayos van más adelante que las balas de sus enemigos, para presentar á aquel tribunal de pigmeos, cuando tenia atras un ejército de gigantes. ¡Provocad el descenso á la tierra de una nube electrizada, y bajará convertida en rayo!

En medio de estas circunstancias, se expidió la ley que suspendía por dos años el pago de las convenciones extranjeras. Estábamos en aquellas circunstancias verdaderamente difíciles, en que la fuerza de un átomo puede decidir de un movimiento; la expedicion de ésa lo decidió así. Los ministros inglés y frances cerraron sus legaciones: se intentaron avenimientos: hubo ultimátum: se pactó y fué reprobada la

convencion Wyke-Zomacona: se derogó la ley de 17 de Julio; nada de eso bastaba: la convencion de Lóndres habia sido suscrita, las fuerzas de Inglaterra, España y Francia, se alistaban para marchar á nuestros puertos, y los ministros de Inglaterra y Francia abandonaban la capital de la República para dirigir sus reclamaciones al gobierno, no desde sus legaciones respectivas, sino desde el frente de las tropas de sus naciones.

VIII.

En la convencion de Lóndres se pactó sólo la accion compacta de los gobiernos inglés, español y frances en contra de México, para reclamar satisfacciones por ofensas hechas á los súbditos de aquellos gobiernos, y garantías bastantes para evitar la repeticion de esas ofensas. Pero se quería una accion pronta, fulminante; y se convino desde luego en una triple expedicion militar sobre las playas y fuertes del litoral de la República, para exigir desde allí del gobierno mexicano aquellas satisfacciones y aquellas garantías. Se convino igualmente en el nombramiento de comisionados, representantes de las tres potencias coligadas, que tendrían el deber "de decidir acerca de todas las cuestiones que puedan suscitar el empleo ó distribucion de las sumas que se recauden en México, teniendo en consideracion los derechos respectivos de las partes contratantes."

Pero no figuraba en aquel convenio nada semejante á una intervencion política. Muy al contrario, se definió claramente que la triple expedicion no tendría más objeto que la defensa de los intereses atacados; que la guerra, si la habia, debía limitarse á la consecucion de ciertas satisfacciones y de ciertas garantías; y que las armas de tres naciones de la Europa, no venían á México á alcanzar influencias materiales más ó ménos valiosas, pero que sólo podían obtenerse por la injusticia y por la violacion. Se creyó, sí, generalmente, que el gobierno constitucional era un gobierno de humo, se dijo desde entónces que el grito de Europa anonadaria ese poder de desórden y de vejaciones; y que *la parte sana* tendría la ocasion más favorable para crear un órden de cosas más estables que los gobiernos gaseosos y sin fuerza que habia habido hasta entónces. Los hechos han demostrado lo contrario, pero en Europa aquella creencia era general, merced á ciertas ilusiones que hay en política como en óptica, á causa de las que